El Arte de quedarse solo

1

El Arte de quedarse solo. La reja de las palabras. Soledad como sinceridad. Y como sensibilidad aguzada.

2

Soledad. Saudade. Soleá.

3

Soledad y poesía. Las tentaciones. La soledad sonora.

4

Las soledades. La soledad como constante barroco-romántica. El siglo XVII. El siglo XIX. Los neorrománticos.

5

Urgencia de soledad.

1

Cada vez se ve más claro: lo que importa es quedarse solo. Tener fuerzas para hurtarse del naufragio y a-islarse solitariamente. No en vano el diccionario taurino reserva el *quedarse solo* para el matador en vísperas de gloria. Frente a esta gloriosa soledad, diálogo y compañía son reducidos a falaces apariencias que no pueden librarnos de nuestra profunda soledad más íntima. Soledad que, evidentemente, pone en peligro la progresiva publicación de la vida de que ha hablado, como de un signo de los tiempos, José Ortega y Gasset. Cada día, en efecto, se hace más difícil ese aislamiento sacro y necesario. Hay muertes espirituales por asfixia de compañía. Y precisa dar enérgicamente el tirón para desasirse de lo que casi siempre se nos presenta como un halago.

Aun cuando la realidad más precisa nos muestra que lo verdaderamente difícil es la compañía. Vivimos rodeados de la reja mentirosa de nuestras pala-

bras; sólo ellas podrían lograr la comunicación y el reflejo de nuestro ser; pero ellas nos traicionan siempre. Así razonan los sabios y uno de los *sei personaggi* de Pirandello. (Epicteto hablaba ya de la soledad acompañada.)

En este caso habría que postular doblemente la soledad como la única sinceridad posible. Todo lo que sentimos lo sentimos en la soledad más aguzadamente. El dolorido se cierra dramáticamente en su soledad, donde apura hasta el último quejido en una sublimación de su pureza sensitiva. Se siente más honrado cuando ha percibido hasta el último aguijón en su orgullosa plenitud sensible. Los ojos se ocupan en llorar cuando desaparecen todos los horizontes. No en vano la Soledad es la última y más dolorosa de las espadas que hacen sangrante el corazón de María: *Y quedó en una total y tristissima soledad, ocupados los ojos solamente en llorar pues no tenían ya en la tierra que ver,* dice el P. Rivadeneyra. Y añade que este dolor postra a la Virgen *dexandola del todo sola sin el Alma y sin el Cuerpo del Hijo que aunque era la causa de su pena era tambien el unico consuelo* (1). Hasta tal punto la soledad deja en carne viva nuestros sentidos; la misma causa de nuestro dolor es un motivo de consuelo; precisamente porque nos hace compañía.

2

Se siente la soledad como una dolencia. No es una cosa objetiva social, externa. Sino una emoción interior, una subjetiva impresión; *ser cousa como achar menos* se dice de la saudade; la soledad es la misma cosa. Saudade, dice Fray Jerónimo Gracián, *es un fuego que se enciende en la leña del amor, ausencia, deseo, ímpetu, impaciencia, eficacia, ternura, esperanza y temor. De todas estas navajas se fabrica esta rueda que, con una sola vuelta, hace mil pedazos el corazón* (2). Se muere de saudade y se muere de soledad.

Campanas de Bastabales,
cuando vos oyo tocar
mórrome de soledades

dice el canto galaico. Y un cantarcillo del siglo XV:

Aldea donde nací,
soledad tengo de ti.

Santa Teresa de Jesús, en carta a la Madre María de San José (Toledo, 9 de septiembre de 1576), nos dice: *Escríbenme, que todavía* (Teresa, sobrina de la santa) *tiene de Sevilla soledad y la loa mucho.* Y

Felipe II, en una carta fechada en Lisboa en 16 de abril de 1582, escribe esta nota sentimental: *Y de lo que más soledad he tenido es del cantar de los ruiseñores que ogaño no les he oído, como esta casa es lexos del Campo.*

Galicia da su *saudade (Ausencia tem una filha -que se chama saudade)* con una blanca ternura lastimosa; Castilla, su soledad enteriza y firme; Andalucía, su queja sonora: la soledad se ha convertido en *soleá* (3).

3

Sólo el estado de soledad es estado de gracia poética; porque sólo ante el solitario se pueblan los mundos y los ultramundos. Ese estado de soledad, de *almo reposo,* de ese reposo nutricio, remunerador, tanto como beatífico, de que nos hablan los poetas del Renacimiento, cuando retornan de cualquier *mar tempestuoso.* Así, Antonio, interlocutor del *Diálogo de la Dignidad del Hombre,* sabe decirnos que *cuando a ella venimos* (a la soledad) *alterados de las conversaciones de los hombres, donde nos encendimos en malas voluntades o perdimos el tino de la razón, ella nos sosiega el pecho y nos abre las*

puertas de la sabiduría (4). Alta lección renacentista ésta del maestro Hernán Pérez de Oliva; la soledad puede aquietar un punto, antes de lanzarnos hacia el más allá beatífico o desesperado. ¡Sólo un punto! Pero era su deber ponerlo en evidencia. Luego nuestras soledades se encaraman. Hablan solas: soliloquean.

Porque inmediatamente que la soledad está lograda empieza a poblarse nuestra soledad. Todo poeta auténtico es un poeta de soledad; pero de soledad poblada. De soledades se hacían las tentaciones de San Antonio; de soledad se hizo, dice Xenius, la tentación del Doctor Fausto. Cipriano sufre la tentación del Demonio en estado de soledad (5). Porque la soledad es un puesto de peligro, por el que no debe aventurarse quien no tenga muy sólidos amarres con lo espiritual. (Por eso la posición ideal del mundano es el *aturdimiento ruidoso;* esto es, la incapacidad absoluta de soledad.)

Bien puede el maestro Eckehart, en cambio, postular el total aislamiento. El sabe bien lo que se hace; pero ¡cuidado!, porque la soledad sólo lleva al misticismo o a la desesperación. Dura, trabajosa soledad. *(Mi soledad sin descanso,* ha podido decir una vez Federico García Lorca.) Porque la soledad se mueve, incesantemente; unas veces, ya lo hemos

dicho, por las tentaciones (soledad es igual a lucha), que nos mueven a pecados de lujuria o de envidia. Pero otras somos venturosamente tentados por armonías indecibles: es la soledad sonora de que nos habla San Juan de la Cruz, *lo qual*—dice—*es quasi lo mesmo que la musica callada; porque aunque aquella musica es callada quando a los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para las potencias espirituales; porque estando ellas solas y bazias todas las formas y aprehenziones naturales, pueden recibir bien el sentido espiritual sonorissimamente...* Y puede oír, acaso, como el San Juan del Apocalipsis, la *boz de muchos citaredos que citarizaban en sus citaras,* la música celestial e intransferible (6).

Todo lo que hay de maravillosa escenografía en la obra gongorina procede de lo que hay en Góngora de poeta de soledad; de *Soledades.* Sólo un solitario (aparte las anécdotas cortesanas) podía sentir cómo se le animaba el mundo circundante (el bosque y el mar, la roca y el río, los hombres y el paisaje) hasta convertirse en un puro espectáculo hecho para su deleite. Sí. Góngora, poeta sólo; aparte.

¡Oh soledad de la quietud divina,
dulce prenda, aunque muda, ciudadana
del campo y de sus ecos convecina!

4

¿Es que no podría hablarse de la soledad como una *constante* de todas las épocas barroco-románticas? En la España del siglo XVII, por lo menos, la cosa está muy clara. No son solamente las soledades en que los místicos se han situado antes y siempre, desde sus noches oscuras. Y aun en la época barroca, no son solamente las soledades gongorinas las que acuden a nuestra memoria. Son las *Soledades de la vida y desengaños del mundo,* de Cristóbal Lozano; son las *Soledades del jardín,* de Salvador Jacinto Polo de Medina; sabemos que el poeta va y viene de sus soledades.

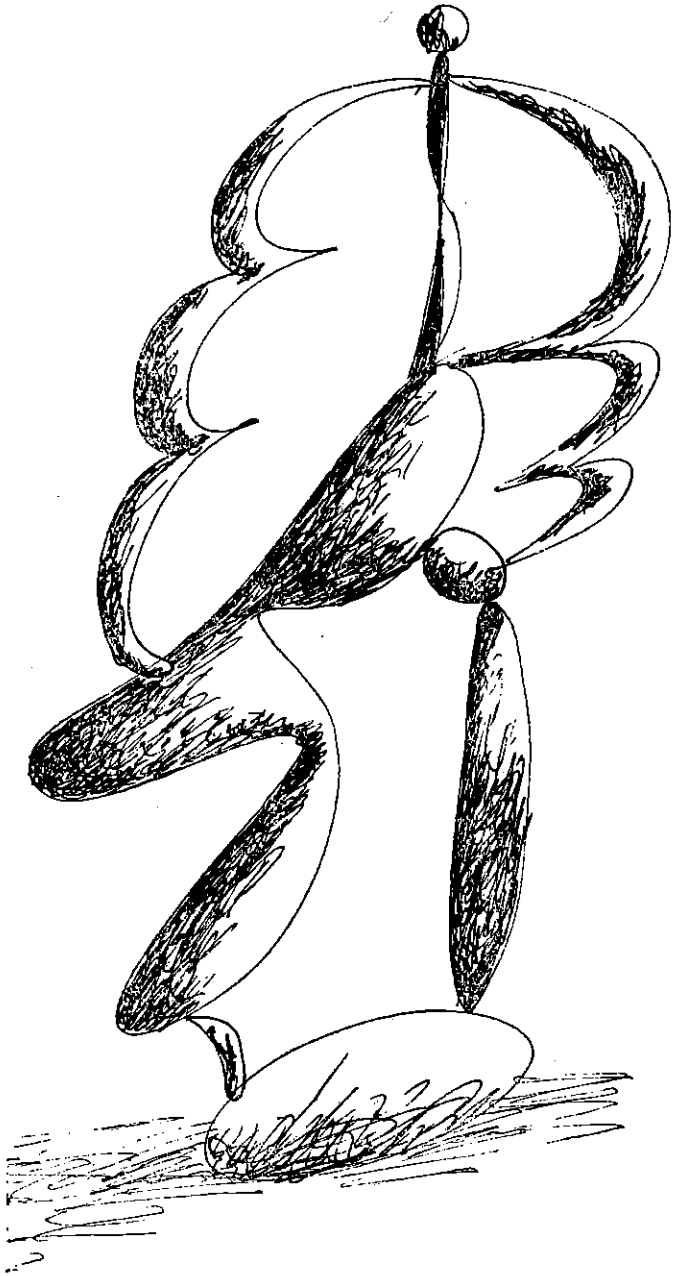
Me es soledad el mundo solo junto,

dirá Fray Jerónimo de San José. Lope de Vega va y viene de sus soledades:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

. . . . . .

Ni estoy bien ni mal conmigo,
mas dice mi entendimiento



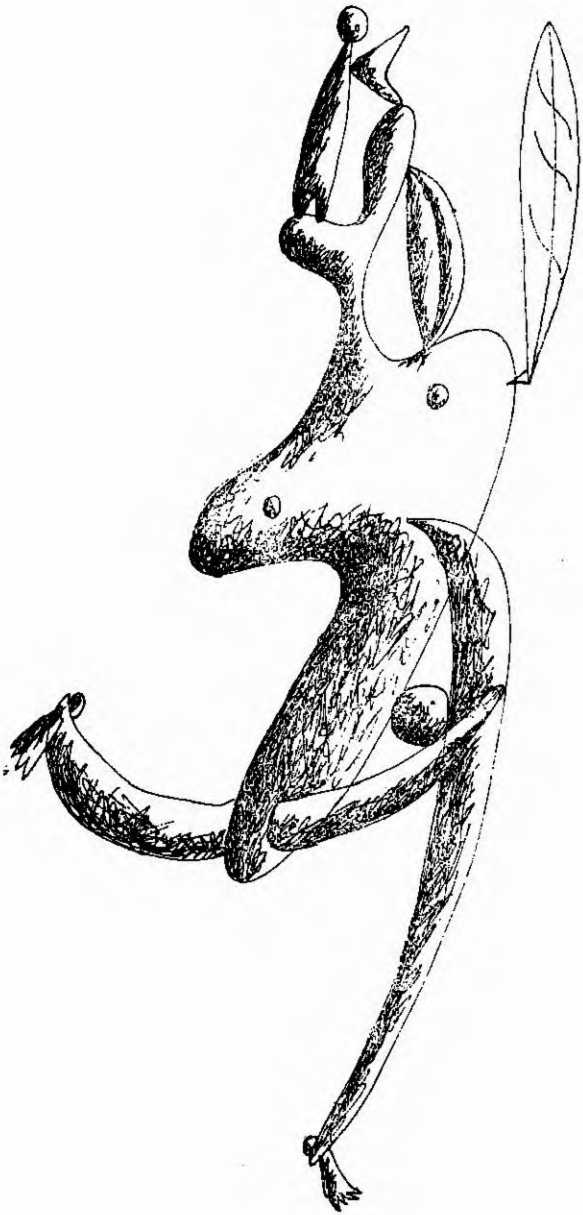
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo.

Y el Cancionero de Sablonara:

¡Ay queridas soledades,
con bien vengáis a mi alma,
que bien seréis escogidas,
pues avéis sido llamadas!

El poeta se queda solo ¿Y España? ¿No es éste el momento en que España se queda sola? D. Francisco de Quevedo deja oír su voz robusta de defensa y alarma: Todas pueden quitar el botín imperial a la España *sola*. Guzmán de Alfarache y España suspiran a la vez: *¡Yo no creía que el mundo era tan largo!...* (Mientras, Molinos hace la soledad irrespirable.)

Con el Romanticismo se repiten las mismas apariencias. No en vano Eugenio Montes ha dicho que romanticismo era conciencia de soledad; clasicismo, conciencia de compañía. Y no hablamos ya de las *delicias de la soledad* (Arolas) o de los *Solitarios*. Hay, como en la hora barroca, la percepción de una soledad colectiva. Ser romántico consiste en sentirse aparte de la vida normal y suspirar por ella, sin de-



searla en el fondo. Alguna vez he hecho notar el error de considerar a Larra como escritor político, cuando afirma, por ejemplo, que *escribir en España es llorar;* el mundo ideal para el escritor es París, nos dice. Y lo dice por las fechas en que Alfredo de Vigny escribe en su Diario que el público francés detesta la poesía y sólo quiere vaudevilles. No, escribir en España no es llorar; ser romántico sí que es llorar. Y llorar de soledades desiertas sin patria y sin eco. Vivir fuera del mundo en una geografía brumosa y en una historia desvaída. Pero el mundo real existe: son los molinos y los borregos en torno a Don Quijote (héroe de moda romántica), las calles sucias y la miseria nacional en torno a Fígaro. Y el choque sólo da esa espantosa soledad que conduce a la locura y a la muerte. Pero antes de que aparezca la constelación de pistolas desesperadas del suicidio, ¡qué largos soliloquios solitarios! ¡Cuánta observación adentrada en el vacío de fuera y en el de dentro! Observad los espejos. En el cuarto de los suicidas hay un espejo que los jueces se olvidan de inventariar siempre y que es el que tiene la culpa de todo. El suicida se ha abierto un boquete en la vida y en la sien. La misma multiplicación romántica de diarios, memorias y recuerdos es sintomática. Todo libro intimista es un cuaderno de soledades, un pró-

logo del suicidio, lento o melodramático, da lo mismo, de su autor (7).

Y hoy, nuevo auge de soledades. Neorromanticismo: surrealismo. Liberales, porque románticos; comunistas, porque surrealistas. Es todo una misma cosa. Y bien: he aquí el nuevo retorno a la Soledad. Retorno automático: Alberti llega a epilogar con su *Soledad Tercera* las auténticas *Soledades* barrocas; Altolaguirre – antólogo romántico – titula su último libro *Soledades juntas*. Ya Juan Ramón Jiménez había exhumado la *Soledad sonora*. Y Machado había titulado *Soledades y Galerías* a sus poemas ¡Qué devoción por las galerías solitarias – fondos impresionantes de soledad con pórticos y estatuas decapitadas –, en las telas de Giorgio de Chirico y de Mario Tozzi!) Soledades dramáticas y turbadoras. Nueva hora de Soledad. Soledad, constante.

5

Y en la vida. En la necesidad de evasión ante realidades de cemento y de muchedumbre. Cuando la soledad nos precisa porque las paredes de nuestras casas se han adelgazado demasiado y una huera curiosidad huella nuestras más sacras intimida-

des. Cuando la salvación nos llega a todos, como una gracia última por esa soledad que reclamamos enérgicamenle cuando pedimos que nos *dejen solos* con el toro de nuestro Destino.

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA

(1) Rivadeneyra: *Flos sanctorum.* Barcelona, 1790, I, 431-2.

(2) Fray Jerónimo Gracián: *Josephina.* Barcelona, 1605. Texto exhumado por Luys Santa Marina.

(3) Véanse estos textos y algunos más en F. Rodríguez Marín: *Apéndice XXXV al tomo último del Quijote.*

(4) Ed. B. A. E., LXV, pág. 385.

(5) En *El mágico prodigioso,* de Calderón, se nota cómo Cipriano está

En la amena soledad
de aquesta apacible estancia...

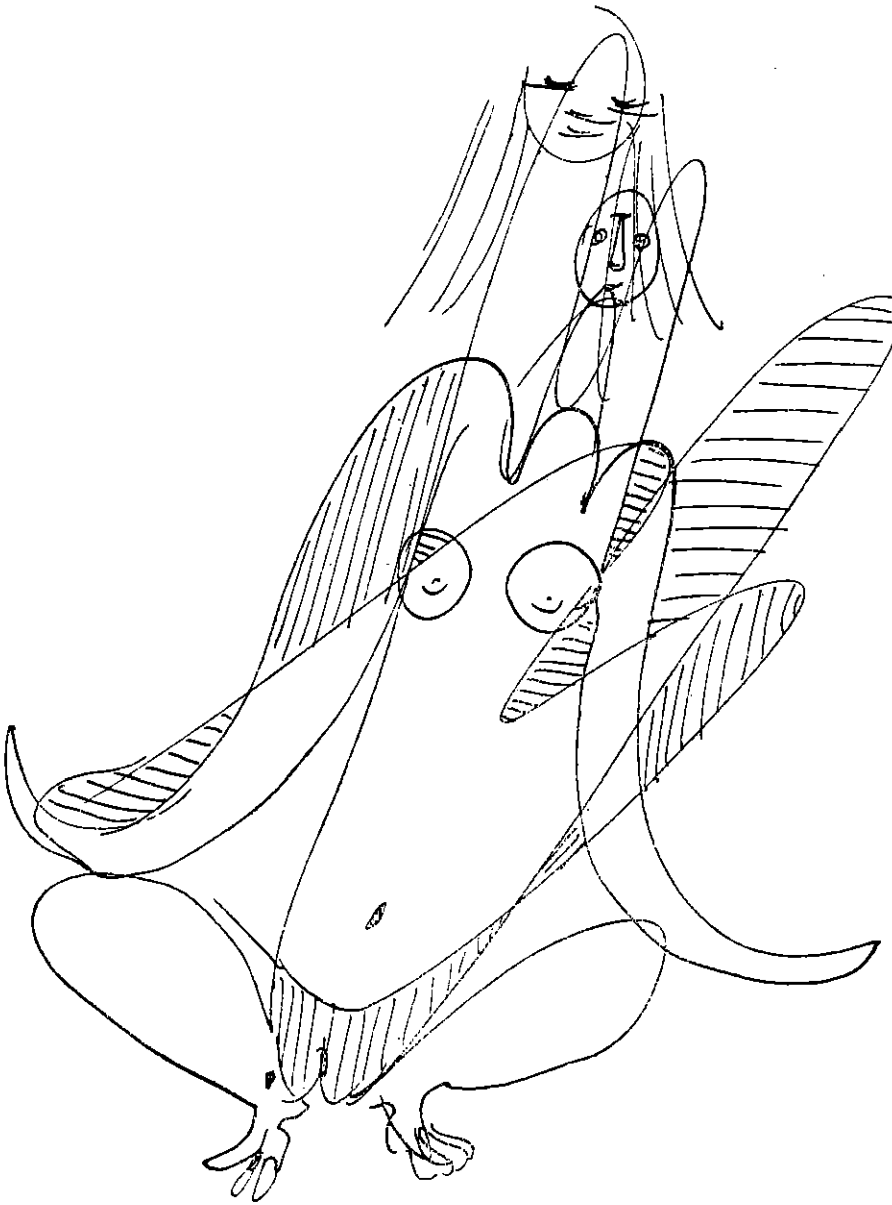
las fiestas quedan atrás con su muchedumbre:

¿Es posible que en un día
de tanto gusto, de tanta
festividad y contento,
con cuatro libros te salgas
al campo solo?...

le pregunta un criado. Pero a Cipriano le urge iniciar el monólogo:

> Ya estoy solo, ya podré,
> si tanto mi ingenio alcanza,
> estudiar esta cuestión
> que me trae suspensa el alma.

El Demonio aparece en el momento de producirse la soledad. (V. ed. A. Valbuena y Prat, págs. 215, 216, 218 y II.) Es curioso notar que en los precedentes no barrocos del tema—el tema hagiográfico de Teófilo y Justina—no aparece esa soledad como cómplice.

(6) El *Cántico espiritual*, ed. Martínez Burgos. La Lectura.

(7) La *constancia* del tema de la soledad en el Romanticismo es bien probable. Lo difícil es apreciar su grado de sinceridad. Y, en general, la sinceridad de todos los tópicos románticos. Pero esto nos apartaría del tema.